

Era una sala tranquila y silenciosa, pintada en color verde grisáceo, decorada exquisitamente con muebles de madera barnizada, de estilo Luis XVI, a juego con la madera de las puertas. Enfrente de la puerta principal destacaba una amplia ventana, con vistas a un edificio decimonónico. En una esquina se encontraba una mesa nacarada y encima de ella una lámpara de mesa. A su lado, un sofá de color morado con capacidad para varias personas y un sillón con idéntica tapicería. Cómodo y confortable. En otra de las esquinas, se encontraba un magnífico escritorio de madera y en medio de la habitación, una mesa baja con una vasija llena de rosas frondosas que aderezaba la tranquilidad del lugar. Ella se encontraba tumbada en el sofá, recostada sobre los cojines, durmiendo profundamente. El sonido de su respiración era todo lo que podía escucharse. Su pecho subía y bajaba conforme pasaba el tiempo. Su mano se había deslizado hacia el suelo, y uno de sus dedos rozaba la alfombra suave de hilo. Su piel era blanca, y se matizaba con la bata de seda azul oscuro que vestía. Sus pies estaban enredados en una manta de pelusa que acariciaba la piel desnuda. El suelo crujió conforme me acercaba a ella, pero no despertó. Seguí acercándome, con temor a despertarla, pero su sueño no se vio turbado. Me acuclillé a su lado y acaricié su piel, suave y tersa. Delicadamente, desaté el nudo que cerraba su bata, y dejé al descubierto un conjunto de lencería negra. El sujetador de encaje dejaba entrever unos pechos firmes y suaves, en cuyo centro destacaba una pequeña flor decorativa. Las bragas, eran casi transparentes y permitían observar su piel rasurada, ya que no tapaban gran parte de ella. Me levanté y admiré el cuadro que la escena ofrecía. Acerqué mi dedo a su mejilla y ella abrió los ojos delicadamente, como si despertara de un maravilloso sueño. Me miró con profundidad, como si conociera hasta el más profundo de mis secretos pero no le importara nada. Muy pronto, sus ojos, de color azul claro, dejaron paso al deseo. Una oleada de fuego cruzó su mirada. Se dispuso a levantarse, pero tuvo que desenredar la manta de sus pies,

con lo que pude ver como su cabello ondulado caía hacia sus hombros. Una vez que se puso en pie, la bata que anteriormente yo había desanudado cayó. Ella era perfecta. Su belleza resplandecía. Era una musa griega. Mi musa. No había otra como ella. Lentamente, se acercó a mí, me fue desatando los botones de la camisa mientras me miraba a los ojos. Su mano se deslizó hacia mi pantalón, rozando el bulto que ya comenzaba a destacar. Sentía mis genitales oprimiendo la ropa interior. Sentía el deseo. Su deseo proyectado en mí. Los pantalones cayeron y quedé únicamente con la ropa interior y cierto sentimiento vago de vergüenza. Ese sentimiento acompañaba siempre al hecho de acercarme a cualquier mujer, pero más aún a una mujer como aquella. Bajó la ropa interior al mismo tiempo que besaba mi cuello. Su lengua fue bajando poco a poco. El placer era inigualable. Sentía su calor y su humedad, y la presión de su boca. Sus movimientos hacían que me estremeciera. Abarcó todo durante un tiempo, y pasó a acariciarme con sus manos. Tocaron cada fibra sensible, cada nervio. Tocaron mis testículos, como si fueran a romperse, y volvió al centro. Su lengua sabía perfectamente lo que tenía que hacer, dónde debía tocar y cómo hacerme sufrir. Finalmente, tras un aumento repentino en la velocidad de sus movimientos, llegué a un orgasmo inesperado. Fue como una explosión dentro de mi ser. Quedé extasiado. Ella volvió a levantarse, y me miró otra vez a los ojos, largamente. De forma inconsciente, mi mano se dirigió hacia su sujetador, pero ella hizo un ademán de negación y se acercó hacia el escritorio. Cogió una venda de tela negra, y se la puso sobre los ojos. En ese momento, ella, aun con los ojos vendados, se dirigió hacia el sofá, y me puso la manta en las manos. Yo la extendí sobre el suelo, junto a algunos cojines, después de haber apartado la mesa hacia un lado. La ayudé a tumbarse sobre la manta y me agaché junto a ella. La observé detenidamente. Comencé a besar su cuello y a acariciar el lóbulo de su oreja izquierda. Fui deslizando lentamente mi mano por todo su vientre, sin detenerme demasiado en su

pecho. Ella se estremeció y soltó un suspiro. Seguí bajando y haciendo ondulaciones con la otra mano también hasta recorrer todo su cuerpo. Volví hacia su cabeza y la besé. Mientras tanto, una de mis manos quitó los dos pequeños nudos que ataban la parte de abajo de su conjunto de encaje. Por fin, podía admirar su monte de Venus con claridad. Me fui acercando con las manos, con movimientos sinuosos, hacia su interior. Introduje un dedo y sentí como se estremecía. Pude sentir que ella estaba preparada, pero aún no era el momento. No todavía. Volví a introducir el dedo, esta vez más adentro. Introduje otro mientras la besaba. Le quité el sujetador como pude y lo eché hacia un lado. Sus lindos pechos me miraban, pasé mi lengua por ellos, muy suave, lamiendo los pezones hasta que se pusieron duros del todo. Ella gemía muy bajo después de cada movimiento de mi lengua. Volví a su monte de Venus atravesando el vientre con la lengua. Lamí su clítoris describiendo pequeños movimientos circulares, alternándolos con pequeñas succiones. Se retorció de placer. En ese momento, le coloqué un cojín debajo de la base de la espalda y observé mi miembro erecto. La miré y la besé. Entré dentro de ella. Penetré en su interior con dulzura y moviéndome muy lentamente. Gimió y empezó a mover las caderas, a moverse conmigo. Mientras tanto, acaricié sus pechos y sus piernas. Cuando sentí que estaba a punto de llegar al orgasmo paré. Me levanté e hice que se levantara. La puse de rodillas sobre el sofá, me puse detrás de ella y la agarré bruscamente. Dio un pequeño grito por la violencia momentánea. Comencé a penetrarla salvajamente. Comenzó a gritar, pero a la vez seguía moviéndose, pidiendo más. Sentí las contracciones de su vagina, y explotó. Un grito ensordecedor inundó la habitación, comenzó a convulsionar y salí. Introduje dos dedos dentro de ella. Los moví con brusquedad hasta que convulsionó de nuevo, hasta escuchar un nuevo grito. Quedó exhausta, pero se levantó y se arrancó la venda de los ojos. El fuego en sus ojos seguía ahí. Me empujó hacia el sofá y se puso encima de mí. Cogió mi miembro erecto y lo

introdujo en su boca por completo. Con fuertes sacudidas consiguió que gritara, que volviera al éxtasis que ya me había producido antes. Se incorporó y se lo introdujo en sí misma. Se movió arriba y abajo haciendo que sus pechos y su pelo se movieran con ella. Siguió haciéndolo hasta que ambos gritamos, a la vez como si estuviéramos conectados por algo más que nuestros genitales. Fue un delirio místico, un desbordamiento interior. Caímos desde un precipicio al que solo podíamos llegar juntos mediante la unión física y mental de nuestros cuerpos. Nos miramos a los ojos y nos quedamos allí mismo por un tiempo indefinido. Ojalá fuera así siempre.

Dark Shooting Cat